Editorial

Potencial tecnológico y crisis humanitaria

¿En qué momento se frustra la expectativa de progreso? El futuro promisorio anticipado por la modernidad capitalista tropezó con límites infranqueables. La ciencia y la tecnología, investidas de una supuesta objetividad y neutralidad, también eran animadas por un soplo de misticismo que auguraba prosperidad dentro de un modo de vida cifrado por el consumo desenfrenado, signo del capital global. El despliegue del potencial tecnológico ha propiciado la expansión del capitalismo. Los motores de la economía mundial, la competencia y la productividad del trabajo, estimulan de manera permanente la innovación tecnológica y la aplicación de la ciencia en los procesos productivos. El desenvolvimiento de las fuerzas productivas suscita la fascinación de los panegirista del sistema capitalista que no advierten que se truecan en fuerzas depredadoras de la humanidad y la naturaleza, a la sazón fuentes primigenias de la riqueza. Atrás del ampuloso desarrollo científico-tecnológico persiste una fuerza destructora. Las tales fuerzas productivas no significan puramente avances materiales que cristalizan en nuevos dispositivos tecnológicos para producir mejores mercancías, nuevos materiales y energías, sino que además comportan relaciones sociales de producción y poder. La perversión no resulta tanto de la consistencia material como del uso de las fuerzas productivas para, primordialmente, maximizar la valorización del capital. El incremento sustancial de la producción de riqueza, que habría de sobreponerse a la escasez y solventar el cúmulo de necesidades sociales, ha endurecido las estructuras sociales basadas en desigualdades entre unas potentadas clases sociales que concentran la riqueza y detentan el poder y una sometidas clases sociales que padecen despojo, explotación y pobreza. La conjunción de fuerzas productivas recargadas por los avances científico-tecnológicos y la inmolación del trabajo vivo genera una plétora de mercancías que brinda una imagen de abundancia accesible a los consumidores solventes, pero ha sido posible gracias a la devastación de la naturaleza y los recursos sociales que fungen como soportes de la vida. El funcionamiento capitalista de las fuerzas productivas y del consumo detonan una crisis profunda que hace estallar la pretensión de abundancia y prosperidad. El flagelo de la desigualdad y el síndrome de la pobreza imposibilitan, al final de cuentas, la reproducción de la vida digna para la mayoría. Paradójicamente, en la actualidad afrontamos una crisis de sobreproducción y simultáneamente de subconsumo, cruzada con una crisis humanitaria que restringe el acceso a medios vitales para las clases sociales explotadas y oprimidas. La superación de este problema no deviene del avance ciego de la ciencia y la tecnología, y menos de la subsunción de las fuerzas productivas para valorizar el capital con independencia de las necesidades sociales, tampoco de conferir al capital monopólico la gestión de los recursos vitales acorde a los designios del mercado; la supresión de la degradación humana y la restauración social requieren una economía orientada por el precepto de la vida digna. Un cierto pensamiento crítico apuntaba que el capitalismo significaba una barrera para el progreso de la humanidad y proponía la socialización de la propiedad y la emancipación del trabajo. Pero anclados en la modernidad, los proyectos socializantes no alcanzaron el propósito de liberalización. El capitalismo no desaparecerá de forma automática. Las crisis de sobreproducción y financiera no entrañan el desmoronamiento y es improbable el cambio sistémico por un acto de contrición de los potentados. Eventualmente, el sistema puede afrontar un movimiento de jaque originado por una crisis civilizatoria capaz de quebrantar, no digamos la lógica del capital, sino la reproducción de la vida humana y el entorno planetario. Pero incluso una amenaza de tal envergadura sería insuficiente sin la participación consciente y organizada de movimientos sociales que busquen la justicia, la libertad y la democracia.

Humberto Márquez